

historia de aquellos dibujos, escrita de la propia mano de aquel sabio y de la cual proceden las noticias anteriores. "Decandolle nunca contaba, dice Dunal, este rasgó afectuoso de sus conciudadanos sin que sus ojos se llenasen de lágrimas de ternura." Para un sabio y entusiasta por la ciencia, era un grande obsequio y servicio de inapreciable valor, el empeño que tomaron sus compatriotas con sólo manifestarles el sentimiento que le causaba desprenderse de tan preciosa colección "que iba á perderse en algun rincón oscuro de España." No se equivocó en su predicción, por desgracia. ¡Qué pena para Decandolle, dice Lague, ver que se escapaban de sus manos tantos materiales preciosos que se iban á perder quizá para la ciencia. "A esta nueva, dice Flourens, toda Ginebra se conmovió." Mr. Decandolle sólo pensaba hacer copiar algunas especies de las más raras; pero se resuelve copiarle la "Flora" entera; más de cien señoras tomaron parte en este trabajo, y en diez días la "Flora de México" quedó copiada.

La importancia que los sabios extranjeros dieron á los trabajos preparados para la "Flora mexicana," hacen inútiles todos los elogios que de Mociño pudiéramos hacer. Nuestro compatriota pudo por fin entrar á España con las colecciones devueltas por Decandolle, pero bien pronto se realizaron sus presentimientos y los de sus amigos, pues falleció el 12 de Junio de 1819, segun alguno de sus biógrafos, ó de 1822 segun otro; en Barcelona como afirman aquellos, ó en Madrid, como dicen estos.

No se sabe á punto fijo quién se apoderó de sus manuscritos en aquel momento, mas se cree que fué el médico que le asistió en su enfermedad, pues cierto pariente próximo de dicho médico los poseía en Barcelona en 1846.

La "Flora mexicana," manuscrito que existe en el Jardín Botánico de Madrid, se compone de tres tomos en folio, y hay además el MS. de la Flora de Guatemala, formada por Mociño exclusivamente, y multitud de descripciones, índices, apuntes, listas y memorias sueltas que seria largo enumerar aquí y que pertenecen á la expedición de que en su lugar hablamos.

En la "Gaceta de literatura" de México, se encuentra el discurso que Mociño pronunció en 1801 al abrirse las lecciones de botánica, discurso en que trató de las plantas medicinales del país. En los "Anales de ciencias naturales" de Madrid, (1804) se halla un extracto de ese notable discurso, las "Observaciones" sobre la resina del hule, y un artículo intitulado "De la Polygola mexicana."

Beristain cita además: "Descripcion del volcan del Jorullo," en versos latinos, "Impunidad de la Margileida de Larrañaga," "Cartas y sátiras contra los aristotélicos y escolásticos," que fueron publicados con el nombre de José Velazquez.

En la obra intitlada "La botánica y los botánicos de la península hispano-lusitana," impresa en Madrid en 1858 por el gobierno español y en la que se contienen los estudios bibliográficos y biográficos de Miguel Colmeiro, se hacen de Mociño los más cumplidos elogios. Para que el lector aprecie más esto, preciso es decir que el Sr. Colmeiro no sólo era doctor en medicina, cirugía y ciencias, sino tambien catedrático de ornografía y fisiología en el museo de ciencias naturales de la coronada villa, habiéndolo sido ántes de Barcelona y Sevilla. Agregarémos igualmente que la obra que citamos fué premiada en concurso público en Enero de 1858.

Mociño es entre los naturalistas mexicanos el que mayor renombre ha alcanzado en el extranjero.

MONROY, Antonio.

El excelentísimo é ilustrísimo Sr. Dr. Fray Antonio de Monroy, obispo de Michoacan y arzobispo de Santiago de Galicia, nació en la ciudad de Querétaro en 1634. Habiendo venido á México, vistió aquí una beca del antiguo Colegio de Cristo. Graduado en filosofía, vistió el hábito de los dominicos, profesando el 27 de Julio de 1654.

Enseñó dicha facultad y la de teología en el Colegio de Portacœli, recibió el grado de maestro por su religion y la borla de doctor de la Universidad, de que fué catedrático de Santo Tomás. Pasó á Roma en calidad de definidor general, á negocios de su provincia, despues de haber desempeñado el rectorado del mencionado Colegio y el priorato de la casa principal. Su virtud y exquisita literatura le atrajeron la benevolencia del Papa Inocencio XI y de los vocales al capítulo general de su Orden, tenido en 1677 con motivo de la promocion del reverendísimo Rocaberti al arzobispado de Valencia. Todos sufragaron por Monroy en el supremo cargo de toda la religion de padres predicadores, que desempeñó con acierto en los nueve años que lo sirvió. En 1681 renunció el obispado de Michoacan; pero no pudo hacer lo mismo cuatro años despues con el arzobispado de Santiago de Galicia á que el rey le presentó.

Gobernó esta diócesis con el mejor tino por espacio de treinta años, siendo muy de notar que veinte de ellos estuvo paralítico en la cama; pero con la cabeza firme y la pluma en la mano. Así es que restableció la disciplina y fué bienhechor liberalísimo de su Catedral y de casi todos los conventos de uno y otro sexo de su vasta diócesis. Sus talentos, dulzura, ilustracion y piedad, le hicieron conquistar la estimacion y el respeto de todos.

“Para que no se nos acuse de apasionados, dice uno de los biógrafos del Sr. Monroy, copiarémos un trozo sobre la encíclica que hizo circular á todo el Orden el reverendísimo Cloche, su sucesor en el generalato, el cual trozo es de dos bibliotecarios, Querif y Echard: “Lo que refiere el reverendísimo general de la singular parsimonia que usaba consigo nuestro Monroy y de su liberalidad con los demas, lo experimentaron las tropas de Luis el Grande, derrotadas en Vigo por los ingleses, pues las recibió el arzobispo con la más generosa hospitalidad, las regaló opíparamente y las surtió de cuanto habian menester. Así lo publicaron en Francia á presencia del rey, elogiando la franqueza y santidad de aquel prelado, ufanos de haber visto en él un verdadero pastor de la Iglesia.”

Es la modestia una de las mayores virtudes que puede poseer el hombre, y el sacerdote mexicano de quien hablamos la poseyó en alto grado. Refiérese de él que al saber su nombramiento para el generalato de su orden, fué á postrarse á los piés del escrutador, que lo fué el eminentísimo señor cardenal Altieri, quien le levantó y llevó á la presencia del sumo pontífice Inocencio XI, ante quien renunció solemnemente aquella dignidad, diciéndole:

“Santísimo Padre: me reconozco indigno del puesto á que me han elevado, y no tengo hombros para tan pesada carga; en tal concepto, la renuncio en manos de vuestra beatitud para que la ponga en el sugeto que le pareciere benemérito de ella.”

A esto contestó Su Santidad:

“Dios te escogió y puso en la silla de tu padre Santo Domingo, y pues Dios te puso y escogió, él te dará virtud y fuerzas para que puedas cumplir con las obligaciones de maestro general de tu Orden.”

No satisfecho el Pontífice con que se le hubiese conferido aquel honor, le nombró poco despues obispo asistente del Sacro Colegio y en seguida arzobispo y señor de la Santa Iglesia metropolitana y apostólica de Santiago de Galicia, y por lo mismo del Consejo de Su Majestad. El rey Cárlos II le condecoró con los honores de Grande de España de primera clase, notario mayor del reino de Leon, su capellan, limosnero mayor y juez de su real casa y capilla. Confirió el Sr. Monroy el sagrado orden sacerdotal al eminentísimo cardenal de la Iglesia de Roma, Fray Vicente Gotti, religioso dominico y conocido en el orbe literario por su insigne obra de teología. Fué electo obispo de Puebla y Michoacan, á cuyas mitras no pasó, por haberse empeñado con el rey el cabildo y principales señores de la ciudad: el rey accedió á lo que tambien deseaba, pues tanto estimaba al Sr. Monroy, que muchas veces le consultaba y escribia de su propio puño. Sus relevantes virtudes eran públicas y notorias, pues siempre vistió un hábito de jerguetilla; su habitacion era una pieza sin más adornos que unas estampas de papel y unas cortinas de bayeta; su comida, un poco de pescado; su cama, la

que manda la regla; su palacio parecia más bien un convento de recoletos. Las cuantiosas rentas de su arzobispado, que ascendian á cien mil ducados anuales, las empleaba siempre en obras piadosas y caritativas. Hizo la enfermería del convento de San Francisco y parte de su vivienda. En los monasterios de religiosas dominicas y mercedarias reedificó las iglesias, fabricó los dormitorios, erigió varias capillas y cerró sus clausuras. En su iglesia Catedral costeó una custodia de plata de dos varas de alto; un famoso órgano, que se reputa por el mejor que hay en España, y adornó el cuerpo del apóstol Santiago y su altar con valiosas alhajas de oro, plata y piedras preciosas. En su convento de Santo Domingo hizo los claustros, dormitorios, refectorio y sala de capítulo, con aquella célebre escalera conocida con el famoso nombre de "Caracol de Murcia." Su costosa y selecta librería la donó al Colegio de la Compañía de Jesus, quizá en recompensa de haber recibido de los padres jesuitas su primera educación literaria en el Colegio de San Francisco Javier, de Querétaro. Repartía en limosnas cuantiosas sumas de dinero, por lo que decian sus diocesanos: "Nuestro santo arzobispo no vive; quien vive en él son los pobres y el santo Apóstol, que lo mantiene para bien de su iglesia."

En la función solemne que se hizo cuando la canonización de San Pio V, salió con la procesion nuestro Monroy, y el pueblo gritaba: "Tras de San Pio va otro santo." Sin embargo, era indispensable que este varon virtuoso se acrisolara aún; así es que, en medio de tantos honores como le prodigaron, se suscitaron contra él tan terribles persecuciones, tantas y tan atroces calumnias, que aun trataron de extrañarlo de su arzobispado; mas el rey de España, D. Carlos II, dió un decreto de su propio puño y letra en que prohibió severamente á todos sus tribunales conocer en las causas de su santo arzobispo.

Murió en olor de santidad y colmado de honores, en la ciudad de Santiago de Galicia, el año de 1715, á los ochenta y un años de edad y á los treinta de gobernar á su diócesis. En su iglesia catedral, en la metropolitana de México, en la Universidad, y en el convento de Santo Domingo de la misma ciudad,

se le hicieron exequias magníficas, cuyas oraciones fúnebres corren impresas.

Este ha sido uno de los mexicanos que se han elevado á más merecida jerarquía, por sus talentos y méritos, y es el único general nacido en nuestro país que haya tenido la Orden de Santo Domingo.

Para terminar la historia de este venerable sacerdote, célebre por su virtud y filantropía, dirémos que de él se han ocupado hombres ilustres como Feijóo, Moreri, Medina, Echard, Alcedo y otros.

MONTERDE, Mariano.

Nació en esta ciudad de México el día 9 de Febrero de 1789, hijo de D. Ignacio Monterde y D^a Ana Segura. Recibió la instrucción primaria de los padres betlhemitas, y estudió latinidad en el célebre colegio de San Juan de Letran, de donde se separó para dedicarse á la carrera de las armas á que se sentia invenciblemente inclinado.

En 1812 le colocó el virey Venegas en la distinguida compañía de Alabarderos que desempeñaba las funciones de guardia de Corps. Nueve años despues emigró de la capital y se incorporó al ejército de Iturbide, obteniendo por sus buenos servicios el empleo de alférez. Terminada la guerra de independencia, Monterde se dedicó á concluir sus estudios facultativos, con tan buen éxito, que fué aprobado, y obtuvo el empleo de segundo ayudante del Estado Mayor general del ejército. Destinósele en seguida á la plaza de Veracruz, y allí se ocupó de los proyectos y obras de fortificación y de las del Puente Nacional en 1824. Proyectó y construyó la fortificación de Cerro

Gordo, y tomó una parte muy activa en la capitulación de las tropas españolas que ocupaban el castillo de San Juan de Ulúa.

En 1828, á las órdenes del General Bustamante, perteneció al ejército de reserva, con motivo de la invasión de Tampico por Barradas. Dos años despues fué nombrado Jefe superior político del territorio de la Baja California, á la sazón agitado por la guerra civil. A su tacto se debió la pacificación de aquel territorio. Allí fué electo diputado al Congreso general (1831), y una vez terminadas sus tareas legislativas, volvió á encargarse del mando. Nombrado de nuevo en 1835 diputado, vino á México y desempeñó su encargo. Clausurado el Congreso, volvió Monterde al cuerpo de ingenieros, siendo ya teniente coronel de caballería permanente, graduado coronel.

En 1837 fué nombrado subdirector jefe de estudios del Colegio Militar. Entónces cooperó eficazmente al buen éxito de los trabajos emprendidos por el General García Conde, director del colegio.

En recompensa de los servicios que prestó sosteniendo el órden contra la asonada del 15 de Julio, le fué concedido en 1840 el grado de General de brigada. Al año siguiente obtuvo el empleo de coronel efectivo de ingenieros, y fué miembro de la Junta de representantes de los Departamentos.

Nombrado en 1842 Gobernador y Comandante general inspector de Chihuahua, condújose de tan brillante manera, que el pueblo le eligió al año siguiente Gobernador constitucional del mismo Departamento. Invasión en 1843 el territorio de Nuevo México por los sublevados de Tejas, el General Monterde organizó activamente una expedición, y marchó sobre los invasores y los desalojó del territorio.

Su conducta fué aprobada por el Gobierno en notas muy honoríficas. También procuró, con infatigable celo, la pacificación de la frontera; persiguió á los bárbaros, los batió y los obligó á pedir la paz, que les fué otorgada con grandes ventajas para el Gobierno.

En 1846 fué nombrado director del Colegio Militar, que estaba, como hoy, en Chapultepec. Grandes fueron las mejoras por

él introducidas; constante su consagración al establecimiento; muchos y muy felices los resultados que se alcanzaron. Llegamos á la página más gloriosa de la vida del General Monterde. Fué él quien proyectó y ejecutó las obras de fortificación de Chapultepec en 1847, con motivo de la invasión americana; á su pericia se debió que no fuese tan grande el deterioro del edificio, como debía esperarse, considerando los poderosos proyectiles que arrojara el enemigo.

Un testigo presencial de la defensa de Chapultepec el 13 de Setiembre, dice lo que sigue:

“Inútil fué la nutrida granizada de proyectiles que el enemigo arrojó para ocupar el punto asediado y tomarlo sin el comprometido movimiento de un asalto, que al fin tuvo que emprender: tocando este último extremo, y á virtud de su fuerza numérica y haciendo un esfuerzo, se arrojó sobre los parapetos: vadeando los fosos y escalando las trincheras, logró ocupar el corto recinto de la cima del cerro, que ya sólo defendían á quemaropa algunos valientes veteranos y los alumnos que no habían sido muertos ó heridos. De estos últimos hay un hecho que es preciso consignar, y es el siguiente: Viendo sus compañeros á uno de ellos caído, y cubriéndose como podían de los fuegos contrarios, quisieron retirarlo para quitarlo del peligro; pero él les dijo: “Espérenme, que todavía tengo un cartucho, y quiero aprovecharlo;” cargó el fusil, hizo fuego, y despues dijo á sus compañeros: “ahora sí, sepárenme.” Con el resto de su Colegio, el General Bravo y otros jefes, oficiales y unos cuantos alumnos y soldados, quedó el General Monterde prisionero y cubierto de honor, el 13 de Setiembre de 1847.”

Refiriéndose á esta jornada, el mismo General dijo en una alocución pública á sus alumnos:

“Vuestros compañeros de armas y camaradas de colegio, cuyas efigies tenemos á la vista, pelearon por la patria; y si no les fué dado triunfar, al ménos con su muerte adquirieron un nombre eterno para sí, y para el establecimiento los títulos que lo ennoblecen; pero no, esos jóvenes no han muerto, viven entre nosotros, para enseñarnos el camino del honor; y en este día de

regocijo concurren á pasar lista, la que tengo el gusto de llamar. Barrera, Suarez, Melgar, Azcutia, Montesdeoca, Márquez. ¡Todos presentes como en los dias del peligro! Y son aquellos mismos que el 13 de Setiembre de 1847, en este punto, colocados en posicion más desventajosa y con ménos elementos de defensa que los veteranos de la guardia del gran Napoleon, dijeron á las huestes anglo-americanas: *¡Los alumnos mueren, pero no se rinden!*"

Hemos citado este pasaje, tanto para honrar una vez más la memoria de los heróicos defensores de Chapultepec, como para que se vea cuán modesto era el general Monterde. Ni una palabra dijo de su propia gloria; no mencionó que al lado de aquellos jóvenes patriotas estaba él, para infundirles aliento, para morir con ellos si era necesario.

Hecha la paz en Febrero de 1848, el General Monterde volvió á encargarse de la direccion del Colegio Militar. Éste habia sido saqueado por los americanos, sin respetar ni la biblioteca, ni los planos, ni los instrumentos científicos. En breve el entendido y empeñoso General lo habia repuesto todo, y en los primeros actos públicos del plantel, ya reorganizado, el Presidente de la República, en un elocuente discurso, rindió un tributo á los méritos del director, y en nombre de la patria le dió un voto de gracias.

Las revoluciones que en años no remotos fueron causa de tantos males para la patria, separaron del Colegio Militar al General Monterde.

En 1853 fué nombrado ingeniero comisario para negociar los tratados de la venta de la Mesilla, y en seguida representante é interventor del Gobierno en la Compañía que contrató el ferrocarril de Tehuantepec: en 1857 se le confirió el empleo efectivo de General de brigada; en 59 el de comandante general del Distrito y miembro de la Junta de Notables, que le nombró Presidente sustituto.

Durante la breve administracion del General Miramon, desempeñó otra vez la direccion del Colegio Militar.

Falleció el dia 5 de Marzo de 1861.

MONTES, Ezequiel.

Vivia aún D. Ezequiel Montes, cuando un escritor distinguido afirmaba que poseia una honradez catoniana, y que á pesar de la dulzura de su carácter, desplegaba en la tribuna una energía verdaderamente romana, pero de los buenos dias de la República, de los buenos tiempos de Caton el viejo, de Helvidio y de Valerio el Máximo.

Quien así juzgaba á Montes, no pertenece al número de los que necesitan prodigar alabanzas á los hombres prominentes para medrar á su sombra, para recibir en recompensa de sus liasonjas un puesto lucrativo; quien así juzgaba á Montes, es un literato avezado á las luchas del Parlamento y que posee vastos conocimientos, y es, por lo mismo, digno de ser creído.

Don Ezequiel Montes, como orador parlamentario, como jurisconsulto y como hombre de Estado, tiene en nuestra historia contemporánea un nombre esclarecido, y poco ó ningun esfuerzo necesitamos para demostrarlo, puesto que vive la generacion que le trató y que le admiró.

Nació en Cadereyta (Estado de Querétaro), el dia 26 de Noviembre de 1820, de padres que lo fueron D. José Vicente Montes y D^a María Gertrudis Ledesma.

Diversos contratiempos, que no hay necesidad de referir, hicieron que Montes no adquiriese desde sus primeros años una instruccion adecuada á su notoria aptitud, hasta que fué traído en 1838 á la capital de la nacion. En 17 de Junio de aquel año entró en el colegio de San Ildefonso á continuar el segundo curso de gramática latina, y ya en Agosto siguiente sustentó una oposicion pública, obteniendo la primera calificacion. Con igual lucimiento cursó filosofía, teología y jurisprudencia.